

Mas no principiando la historia sino en la época muy incierta del diluvio, estareis lejos de haber vencido todas las dificultades. Sanconiaton por de pronto no nos da noticia mas que de la fundacion de las ciudades y los Estados. Crono, hijo del rey Ourano, se apoderó de su padre al pié de una fuente, lo mandó cruelmente mutilar, emprendió largos viajes, repartió coronas á medida de su deseo y dió el Atica á su hija Athena y el Egipto al dios Taautus. En seguida Herodoto y Diodoro os introducirán en el país de las maravillas. En ellos vereis descripciones de ciudades de veinte leguas de circunferencia, edificadas como por encanto, de jardines suspendidos en el aire y de lagos enteramente abiertos por la mano del hombre. El Oriente se presentará súbitamente á nuestra vista en el apogeo de su corrupcion y de su gloria. Se han sentado ya tres poderosas monarquias las unas en las ruinas de las otras, y por todas partes ha dominado furor de conquistas tan desastrosas para los vencidos, como inútiles ó funestas para los mismos vencedores. En Persia contemplareis una nacion envilecida y sátrapas mutilados; en Egipto un pueblo ignorante y supersticioso, sacerdotes sábios y despóticos. Dejemos que duerman ignorados los crímenes de los tiranos y las desgracias de los esclavos en esa parte del mundo donde el palacio de Sardanápalo se levanta junto la caverna del esclavo, donde el templo de la divinidad no ve bajo las cúpulas de pórfido mas que una reunion de hombres abrumados de miseria: en ese caos de lujo é indigencia, de dolores y voluptuosidades, de fanatismo y de luces, de opresion y de servidumbre. Un rayo de luz emanado del Egipto despues de haber luchado por algun tiempo con las tinieblas de la Grecia, bañó por último de claridad á ese país predestinado. Las hordas errantes que Inaco, Cecropé y Cadmo habian reunido en su tiempo se fueron despojando poco á poco de sus costumbres salvajes, y constituyeron en diversas épocas repúblicas, que ahora nos dan ocasion á que principiemos á examinar la primera revolucion (a).

CAPITULO II.
PRIMERA REVOLUCION. — LAS REPUBLICAS GRIEGAS. — SI EL CONTRATO SOCIAL DE LOS PUBLICISTAS ES EL PRIMITIVO CONVENIO DE LOS GOBIERNOS.

Las repúblicas de la Grecia consideradas como primeros gobiernos populares entre los hombres, (1) ofrecen un objeto muy interesante á la filosofia. Si la historia nos hubiese transmitido las causas que contribuyeron

(a) ¿Qué es lo que esa confusion de observaciones sobre los hombres y sobre la historia natural pretende probar? Que yo dudaba de la cronologia de Moisés, y suponía que el mundo era más antiguo. Pues eso no obstante, repetidos pasajes de este mismo *Ensayo* demostraron que yo creía en la autenticidad histórica de los sagrados libros; puede pues decirse que yo mismo ignoraba lo que creía y lo que dejaba de creer. Por lo tocante á las antigüedades egipcias y chinas, es cosa demostrada en la actualidad, que lejos de tener tal supuesta antigüedad, no son sino muy modernas. Los Chinos, el sanscrito, los geroglíficos egipcios, todo se ha penetrado, y se ha visto comprendido en la cronologia de Moisés. El zodiaco de Denderah ha sido explicado en Paris, y no puede ya menos de conocerse, que algunos monumentos que se consideraban como antediluvianos, no datan acaso mas que del segundo siglo de la era cristiana. Desde que el espíritu filosófico ha dejado de ser espíritu de irreligion, no se da tanta importancia á la edad del mundo, como antiguamente se le daba. Respecto á los monumentos de historia natural que he citado, debe tambien decirse, que los estudios geológicos del Sr. Cuvier, no han dejado duda alguna acerca de las razas que han perecido y acerca del diluvio universal (x. ed.) y obol.

(1) Tampoco esto es exactamente riguroso. La república de los Judios principiá á su salida de Egipto el año 1491 de nuestra era, y la de Tiro fue fundada en 1252 de la misma (Genes., Joserph., *Antig.*, lib. viii, cap. ii.)

á instituir las, hubiéramos podido obtener la solucion del famoso problema político, á saber: cual es el primitivo convenio de la sociedad. Juan Jacobo opina que ese convenio debió llevarse á cabo bajo las bases siguientes: «Cada uno de nosotros pone en un fondo comun su persona y todo su poder bajo la direccion de la voluntad general, y recibimos en cuerpo cada miembro, como parte indivisible del todo.»

Mas para poder discurrir de ese modo, ¿no será preciso suponer una sociedad preexistente? Podrá el salvaje, que ha pasado su vida vagando por los desiertos, sin nocion de lo mio y tuyo, pasar repentinamente de la libertad natural á la libertad civil, especie de libertad puramente abstracta, y que necesariamente supone anteriores ideas de propiedad y de justicia convencional, y de fuerza comparada del todo con la parte, etc. Hay, pues, un estado civil intermediario entre el natural y el que Juan Jacobo supone. Luego su convenio no es primitivo.

¿Cuál será, pues, ese convenio? En esto consiste la enorme dificultad. Si por un momento admitimos como auténtico el supuesto por Rousseau, por lo menos será cierto que ese pacto fundamental se remonta á las sociedades de que podemos formarnos alguna idea, puesto que ni una sola de las hordas salvajes que se han encontrado sobre el globo no existia bajo el gobierno popular. Luego debe suponerse de estas dos cosas una: Que es preciso admitir con Platon, que el gobierno monárquico establecido sobre la imagen de una familia, es el único natural, y por consiguiente que el contrato social no puede referirse sino á una época posterior.

O que siendo ese pacto original; Los pueblos se cansaron muy pronto de su propia soberanía; y la confiaron á un ciudadano valeroso y sabio.

De aquí proviene esta interminable cuestion: ¿Cómo del gobierno primitivo, suponiéndolo monárquico, llegaron los hombres á concebir el fenómeno de otra libertad distinta de la natural?

O bien si quiere suponerse que la constitucion primitiva fue republicana.

¿Por qué grados el espíritu humano, despues de siglos de observaciones, despues de la experiencia de los males que resultan de todo gobierno (b), ha vuelto á encontrar las bases de la constitucion natural tenida en olvido por espacio de tanto tiempo? (c)

(b) Grande fue la importancia que se dió á esta frase, que dado caso que significase alguna cosa, no puede ser mas, sino que en todas las constituciones humanas debe haber algun defecto. Por lo demás, la frase solo es un rasgo tomado al sistema de dudas de Montaigne, ó al sombrío humor de Rousseau (x. ed.)

(c) Bastaria este solo capítulo para demostrar lo que he dicho en uno de los prólogos de esta edicion completa de mis obras, á saber: que en mi primera juventud escribí de política con la misma viveza que en asuntos de imaginacion. No es pues la Restauracion la que me ha hecho pasar como algunos han aparentado creer, de la literatura á la política.

En este pasaje se echan de ver los dos caracteres que distinguen mi sistema político, siempre monárquico de buena fe, y siempre favorable á la libertad. A pesar de la admiracion que en aquella época yo profesaba á J. J. Rousseau, empujé vigorosamente su *Contrato social*, y no tardará en verse que me decidí contra las repúblicas en favor de la monarquía constitucional. Es gracioso que en estos últimos tiempos hayan querido hacernos pasar por republicano, solo por haber dicho que de no adoptar francamente la monarquía representativa, iríamos á parar en una república; verdad que me parece demostrada hasta la evidencia. El despotismo militar podría dominar tal vez por algunos momentos; pero su duracion es imposible en el estado actual de nuestras costumbres. Si el ejército es numeroso, no podrá menos de participar de todas las opiniones de la nacion; si es débil, la poblacion lo dominará y arrastrará en pos de sí. Tampoco pueden todos los ti-

Mediten los lectores sobre tan alto asunto. Si yo intentara dilucidarlo en este lugar, no haria mas que acumular obra sobre obra, y hay que tener presente que no me he propuesto escribir mas que un *Ensayo*. Pocos datos ofrece las causas de la destruccion de la monarquía en Grecia para el esclarecimiento de esas cuestiones.

CAPITULO III.

EPOCA DE LA MONARQUIA EN GRECIA.

No puede el ánimo fijarse en los primeros tiempos de la Grecia sin sentirse poseído de horror. Si en la Argolide floreció bajo los pastores Inaco y Phoroneo la edad de oro; si Cecropé dió leyes puras al Atica; si Cadmo introdujo las letras en la Beocia; esos dias venturosos se deslizaron tan rápidamente que fueron á manera de un sueño para la malhadada posteridad.

Las musas hicieron resonar frecuentemente la escena con los trágicos nombres de Agamenon, de Edipo y de Teseo (1). ¿Quién de nosotros no se ha enternecido tambien con las obras maestras de los Crebillon y de los Racine (a)? Al relato de aquellas insignes desgracias de los reyes, nosotros hemos derramado en otro tiempo lágrimas, como si asistiéramos á la representacion de una fábula trágica: hoy que hemos visto la catástrofe de Luis XVI y su familia, podemos llorar en presencia de la realidad (b).

Asesinatos (2); raptos (3); incendios (4); pueblos enteros forzados á la emigracion por la miseria (5); otros levantándose en masa para invadir á sus vecinos (6); reyes sin autoridad (7); insignes facciosos (8); naciones bárbaras (9); tal es el cuadro que nos presenta la monarquía griega. De repente, sin que podamos ver las razones que lo motivan, se instituyen repúblicas por todas partes. ¿De donde nace tan súbita mudanza? ¿Será que la opinion á manera de torrente ha derribado de improviso los tronos? ¿Será que los tiranos á fuerza de crímenes se hayan hecho acreedores á esa suerte? No. En unas partes extinguen la monarquía movidos del exagerado aprecio en que tienen á esa institucion. Ningun hombre, dicen los Atenienses, es digno de reemplazar á Codro (10); y en otras partes el príncipe heredero de la corona es el mismo que establece la constitucion popular (11).

Esta singular revolucion, diversa en sus principios de todas las que conocemos, ha sido el escollo de la mayor parte de los escritores que han tratado de investigar su origen (c). Maby tocando superficialmente el asunto, entra á tratar de las constituciones repúblicas convertirse en despotas militares, pues no es cosa que se consiga sino á fuerza de gloria y de combates.

- (1) Esquilo, Sofocles, Euripides.
- (a) Extraño modo de comparar á Crebillon y á Racine! Juicios de estudiantil!
- (b) En este *Ensayo* yo debería ser ateo y republicano, y á cada paso me manifiesto religioso, monárquico y fiel á mis principios legítimos.
- (2) PLUT., *in Thes.*
- (3) Hom., *Iliad.*
- (4) *Ibid.*, lib. ix.
- (5) HEROD., lib. i, cap. cxxv. STRABON., lib. xiii, p. 582. PAUSAN., lib. vii, cap. ii, p. 584.
- (6) PAUSAN., lib. ii, cap. xliii.
- (7) PLUT., *in Thes.*; DIVI, lib. iv, p. 266.
- (8) PAVS., cap. xi, p. 732.
- (9) ALIAN., *Var. His.*, lib. iii, cap. xxxvii.
- (10) METRS., de *Regib. Athen.*, lib. iii, cap. xi. Reconocieron por rey á Júpiter.
- (11) PLUT., *in Lyc.*

blicas (12) sin darnos noticia de la oculta causa que hizo establecerlas. Procreemos, pues, á pesar de la oscuridad de la historia, hacer algunos descubrimientos en ese nuevo campo de la política.

CAPITULO IV.

CAUSAS DE LA DESTRUCCION DEL GOBIERNO MONARQUICO ENTRE LOS GRIEGOS. — SON ENTERAMENTE DISTINTAS DE LAS QUE PRODUCIERON LA REVOLUCION FRANCESA.

La primera causa que se echa de ver en la caída de las monarquias griegas se saca de las revoluciones que por espacio de tanto tiempo desolaron aquel hermoso país. Desde la toma de Troya hasta la extincion de la monarquía en Atenas, y aun mucho tiempo despues, cambió un trastorno general la faz de aquellas regiones. En aquel caos de innovaciones fue violado el orden de la regia sucesion (13); los monarcas perdieron poco á poco su poder y los pueblos la idea de un gobierno legal. Todos los elementos del cuerpo político puestos en fermentacion por la fiebre de las revoluciones, llegaron al mas alto punto de energía del cual se desprenden las formas primitivas y los grandes pensamientos: bastaba que en tal situacion ocurriera el menor choque en el Estado para que se derrocaran aquellas débiles monarquias que apenas podian sostener el nombre de tales.

En el espíritu de los hombres ricos de aquel tiempo encontramos otra causa no menos evidente de la ruina del gobierno monárquico en Grecia. Aprovechándose aquellos hombres de la confusion general para usurpar la autoridad, sembraban discordias en redor de los tronos á que aspiraban. Es un rasgo común á todas las revoluciones en sentido republicano el haber sido rara vez iniciadas por el pueblo (d). Siempre son los nobles los que en proporcion de su poder y riquezas, han dado el primer ataque al trono; sea porque el corazon humano es mas accesible á la envidia en los poderosos que en los infelices; sea que en los de aquella clase domina la corrupcion mas que en los de esta; sea que la participacion del poder solo sirva para irritar la sed de mando, ó sea por último, que el destino se complazca en obsecar las victimas que ha marcado con su sello. ¿Qué sucede despues que la ambicion de los grandes ha conseguido derribar el trono? ¿Que el pueblo oprímido por sus nuevos señores no tarda en tener que arrepentirse de haberse dado una multitud de tiranos en lugar de un rey legítimo. Al llegar á ese caso, desentendiéndose el pueblo del supuesto patriotismo con que aquellos hombres se habian cubierto, concluye por arrojar la vil faccion y el Estado, volviendo á su posicion normal.

(12) *Observ. sobre la Hist. de la Grecia*, pp. 1, 20.

(13) PAUSAN., lib. ii, cap. xlii y xliii; VELL., *PATERC.*, libro i, cap. ii.

(d) Esta es una observacion digna de la historia; mas para hablar lógicamente, deberia no haber usado la palabra *siempre* despues de haber dicho *rara vez*. Conviene advertir que juzgo á la aristocracia con demasiado rigor. ¿Por qué se halla esta dispuesta siempre á poner obstáculos al poder de uno solo? Porque su principio natural es la libertad, asi como el principio natural de la democracia es la igualdad. Por esa razon vemos que los reyes que aspiran al despotismo, detestan la aristocracia y solicitan el favor popular; el cual están tan seguros de obtener, sacrificando los nobles y los ricos al principio de igualdad. Si la aristocracia ha atacado alguna vez al poder soberano y la democracia es quien todavía con mucha mas frecuencia ha entregado á su poder la libertad. Pero nótese que así que el monarca ha llegado al despotismo por medio del pueblo, se desentiende de la union con este, y se echa en brazos de la aristocracia que proscribió anteriormente, pues si el pueblo es bueno para facilitar la usurpacion de la tiranía, no vale absolutamente nada para sostenerla.

se cambia en república, ó vuelve á la monarquía. (a). Hay otra tercera causa de haberse establecido la constitucion popular entre los griegos que merece ser considerada con particular atencion, porque se deriva esencialmente de un hecho político y porque aun no ha sido, segun mis noticias, descubierta por los publicistas: esta causa es el aumento de poder de los Amficiones. La asamblea federativa que estos componian instituida por el tercer rey de Atenas (1) extendió poco á poco su autoridad por toda la Grecia (2). En un Estado no pueden subsistir dos soberanos á un mismo tiempo. La monarquía deja de existir asi que se establece una convencion soberana en unidad. Si se dice que aquella asamblea no tenia mas que el derecho de proposicion y se parecia por lo tocante á sus relaciones á las dietas de Alemania es por no haber echado de ver que:

Los que componian aquellas no eran delegados por el soberano, sino diputados por el pueblo (3);

Que semejante convencion era á propósito para despertar en los pueblos que representaba la idea de las formas republicanas;

Finalmente, que los miembros de aquella asamblea, favorecidos por la opinion pública debian abrogarse tarde ó temprano por el ambicioso espíritu de corporacion, natural á toda asociacion particular, derechos superiores á la esfera de su institucion, lo cual por consiguiente ocasionaria mas ó menos pronto la ruina de los tronos (4).

Pero la mas poderosa y general razon del establecimiento de las repúblicas griegas, es que tales repúblicas nunca habian sido verdaderas monarquías (b); en lo sucesivo daré explicaciones sobre este importante asunto (5).

Tales fueron las causas próximas y remotas que contribuyeron al desarrollo de esta gran revolucion. Mas puesto que nada nos dice la historia por lo tocante á la serie de ideas mediante las cuales pudieron unos hombres que habian vivido siempre bajo monarquías, encontrar el principio de las formas republicanas, diremos que algunos actos positivos de tiranía, y no pocos imaginarios, el cansancio á las cosas antiguas y el amor á las nuevas, y los percances y las casualidades, porque en último término todo llega á esa necesidad, que se llama fuerza de las cosas (c), produjeron las repúblicas, sin que por de pronto se supiera á punto fijo lo que eran, y habiendo en lo sucesivo el efecto hecho analizar la causa, los filósofos se dieron prisa á describir principios.

Por lo demás es cosa supérflua el hacer observar á

(a) Esto se imprimió en 1797; la prediccion se verificó enteramente por lo tocante á Francia.

(1) No se sabe á punto fijo la época de esta institucion, ni el nombre de su autor. Algunos, entre ellos Pausanias, le llaman *Amficion*, y otros, como Estrabon, le denominan *Acrisio*. Segun la opinion generalmente adoptada, la época de su establecimiento, se remonta al siglo XV, antes de nuestra era.

(2) *ESCHP., de fals Leg.*

(3) *Id. Ibid.: ESTRAB., p. 415.*

(4) En las sentencias que esta asamblea anficiónica pronunciaba contra tal ó cual pueblo, tenia el derecho de hacer tomar las armas á toda la Grecia para cumplir su decreto, y podia separar al pueblo condenado de la comunión del templo. ¿Cómo podia una débil monarquía resistir á ese coloso del poder popular, ayudado del fanatismo religioso? *DION., lib. vi, PLUT. in TEMIST.*

(b) Esta frase es oscura. ¿Qué se entiende por repúblicas que nunca habian sido verdaderas monarquías? El fondo del pensamiento quiere decir que las primitivas monarquías de Roma y de Grecia nunca fueron verdaderas monarquías en el sentido absoluto de la palabra, y que para cambiarse en repúblicas, no necesitaron mas que abolir el poder real.

(5) En la revolucion de Bruto.

(c) Aquí puede tachárseme de materialista: suspendamos el juicio por algunas páginas.

(N. ED.)

los lectores que el origen de que dimanó la revolucion republicana en Grecia, nada, ó casi nada tiene de comun con los motivos que produjeron la última revolucion en Francia. Pasemos ahora á considerar las consecuencias de aquella, fijándome como todos los escritores, únicamente en la historia de Esparta y Atenas, pues las demás pequeñas ciudades son demasiado poco conocidas para que sus anales puedan interesarnos.

CAPITULO V.

EFFECTO DE LA REVOLUCION REPUBLICANA EN GRECIA.
—ATENAS, DESDE CODRO HASTA SOLON COMPARADA
CON EL NUEVO ESTADO DE FRANCIA.

Muy distante estuvo esta revolucion de dar felicidad á la Grecia. La prueba de que el principio fundamental no habia sido aun puesto en accion, es que despues de la estincion de la monarquía cayeron inmediatamente todas las pequeñas repúblicas en un estado anárquico. Solo Esparta que mereció la fortuna de encontrar reunidas en una misma persona las condiciones de revolucionario y de legislador, gozó desde luego el fruto de su nueva constitucion. En todas las demás partes los ricos valiéndose capciosamente del título de magistrados, se apoderaron de la autoridad soberana que acababan de abolir (6) y los pobres prosiguieron devorados por las facciones y por la miseria (7).

Desde la abnegacion de Codro en Atenas hasta el siglo de Solon nada casi nos dice la historia acerca de esa república. Nada mas sabemos sino que la autoridad de arconte vitalicio, conque los ciudadanos reemplazaron por de pronto la monarquía, fue luego reducida á diez años, y últimamente quedó repartida entre nueve magistrados anuales (8).

Asi se fueron acostumbrando gradualmente los Atenienses al gobierno popular, pasando lentamente de la monarquía á la república. Las nuevas instituciones se componian en parte de las antiguas, y de este modo se evitaban las transiciones bruscas tan peligrosas en los Estados, y las costumbres tenian tiempo de simpatizar con la política. Mas de esa marcha resultó el inconveniente de que las leyes no alcanzaron nunca el grado de pureza que debian tener, y que el plan de la constitucion presentó una continua mezcla de errores y de verdades como aquellos cuadros en que el pintor ha pasado por una graduacion insensible de las sombras á la luz: cierto es que en semejante lienzo habrá mucha dulzura, pero tambien lo es que se compondrá únicamente de una monotonía sucesion de claro y oscuro.

Sin embargo, la movilidad de principios debia en último resultado producir grandes males. Los atenienses parecidos en tantas cosas á los franceses, cambiando incesantemente la economía de su gobierno, como estos últimos lo han hecho en nuestros dias, vivian en un estado perpétuo de turbacion (9): pues en todas las revoluciones se encuentran siempre fogosos partidarios de las nuevas instituciones y hombres adictos á las antiguas instituciones de la patria por el recuerdo de la vida pasada bajo sus auspicios.

Asi como en Francia llegó tambien en Atenas á su colmo la antipatia de los pobres y los ricos (10). No quiera el cielo que me manifieste sordo á la voz del menesteroso. Sé entermecerme cuando otro me refiere sus males; pero ya es demasiado lo que en este siglo de filantropía hemos declamado contra la fortuna.

(6) *ARIST., de Rep., tom. II, lib. II, cap. XII.*

(7) *PLUT., in Solon.*

(8) *MEURS., de Archont., lib. I, cap. I, etc.*

(9) Estos pasajes y algunos otros del libro, merecen tal vez que se dispense alguna consideracion á su joven autor.

(10) *Id. Ibid.*

Los pobres en los Estados son infinitamente mas peligrosos que los ricos, y no pocas veces valen mucho menos que estos (a).

Cada vez se echaba mas de ver la falta de una constitucion determinada. Dracon, filósofo inexorable, fue el escogido para dar leyes á la humanidad. Este hombre desconoció el corazon de sus semejantes: confundió las pasiones con los crímenes y castigó igualmente con la última pena al vicioso y al débil (1); su código parece una sentencia de muerte contra el género humano.

Aquellas leyes de sangre, parecidas á los fúnebres decretos de Robespierre, favorecieron las insurrecciones. Cylon, aprovechándose de los trastornos de su patria quiso apoderarse de la soberanía. Sitiánlo en la ciudadela desde donde pudo escaparse. Pero sus partidarios fueron sacrificados en el altar de las Euménides (2), despues de haber salido del templo de Minerva mediante promesa de que no se atentaria contra su vida. No es pues la Francia la única república que ha tenido leyes salvajes y bárbaros ciudadanos.

Pasó aquel régimen de terror; pero en su lugar quedaron la laxitud y la debilidad. Los atenienses, parecidos tambien en esto al pueblo francés, aborrecieron las atrocidades y se contentaron con derramar estéril llanto. Sin embargo, aquel pueblo aterrado por su crimen creia estar viendo suspendida continuamente sobre su cabeza la venganza de Minerva. Los dioses secundando al parecer el grito de la humanidad llenaban las conciencias de terror, y tal vez algun sugeto que en la incrédula Francia fue un antropófago digno de compasion, hubiera sido presa de remordimientos en Atenas: ¡Tan necesaria es á los hombres la religion! (b).

A fin de calmar esos tormentos del alma, mas insuportables aun que los del cuerpo, recurrieron á un sabio llamado Epimenides (3). Si este consiguió cerrar las heridas positivas del Estado, hizo todavía mayores servicios curándole de sus males imaginarios. Restableció los templos de los dioses, y les ofreció sacrificios (4), derramando el bálsamo de la religion en lo íntimo de los corazones. Guardóse de calificar de supersticion lo que propende á disminuir el número de nuestras miserias; sabia muy bien que la estatua popular y el oscuro penate que consuelan al desgraciado son mas provechosos á la humanidad que las máximas del filósofo incapaz de enjugar una de sus lágrimas (c).

Mas estos remedios, si bien calmaron por un momento los males del Estado, no tuvieron sin embargo poder para curarlos radicalmente. A poco de haberse marchado Epimenides volvieron á inflamarse las facciones, y finalmente, cansados ya todos los partidos determinaron arrojarlos en brazos de un solo hombre. La república tuvo la fortuna de que este hombre fuese Solon.

No entraré en detalles acerca de las instituciones de este célebre legislador, ni tampoco de las de Li-

(a) Como se ha podido confundir en mis escritos el amor á una libertad razonable con el sentimiento revolucionario, cuando por todas partes manifiesto mi horror al crimen y á los principios demagógicos. Si he hecho algunas recriminaciones á los reyes, la misma conducta he seguido respecto de los nobles y de los plebeyos. Mucho desconfío de esos Junios Brutos, que principian cambiando un puñal por un distintivo de policía, y concluyen llenándose de cruces y cintas los vestidos. En los *Mártires*, he colocado en el infierno un pobre al lado de un rico, es preciso hacer justicia á todo el mundo. (N. ED.)

(1) *TUCIDID., lib. I, cap. CXXVI; PLUT., in Solon.*

(2) *Id. PLUT. in Solon.*

(3) ¿Que es de mi anterior materialismo? (N. ED.)

(4) *PLATON de leg., lib. I, tom. II.*

(5) *STRAB., lib. X, p. 479.*

(c) Preciso es convenir en que soy un singular ateo! ¿Se podrá encontrar en el *Genio del Cristianismo* una página mas sinceramente tierna? (N. ED.)

urgo, pues otros maestros harto distinguidos lo han hecho ya. Solo hablaré de lo que tiene relacion con el objeto de mi obra. Para no cortar la narracion proseguiré la historia de Atenas hasta el destierro de los Pisistrátidas: en seguida volveremos á ocuparnos de Lacedemonia.

CAPITULO VI.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA LEGISLACION DE SOLON.—COMPARACION.—DIFERENCIA.

Los gobiernos mixtos son verosimilmente los mejores, porque el hombre en el estado social es tambien á su vez un ser complejo, y porque es preciso poner á la multitud de sus pasiones una multitud de trabas. Por esta razon Esparta, Cartago, Roma é Inglaterra han sido consideradas como modelos en política. Por lo tocante á Atenas haremos observar que en realidad llegó á poseer lo que la Francia de nuestros dias pretende tener: la constitucion mas democrática que jamás ha existido en pueblo alguno. ¿Se figuraran que por la palabra *democracia* debe entenderse una nacion reunida en corporacion deliberativa acerca de sus leyes? nada de eso. Esa palabra significa en la actualidad la existencia de dos consejos, un directorio y ciudadanos que pueden permanecer en sus casas hasta que se les mande dejarlas (d).

El legislador ateniense y los reformadores franceses se encontraron colocados poco mas ó menos en los mismos grados de peligro al dar principio á sus obras. Una multitud de votos pedian la reparticion de fortunas, y Solon para evitar el naufragio de la cosa pública se vió en la necesidad de cometer una injusticia. Dió por saldadas todas las deudas y se negó á la reparticion de terrenos (5). Las asambleas francesas tuvieron por conveniente obrar de distinto modo, pues garantizaron el crédito del usurero y repartieron los bienes de los ricos. Este solo rasgo basta para caracterizar las dos épocas (e).

En las instituciones morales se nos presentan los mismos contrastes. En Atenas creyeron que debia haber mujeres puras á fin de que dieran ciudadanos virtuosos al Estado (6) y el divorcio no fue permitido sino bajo condiciones muy rigurosas (7). La Francia republicana creyó que la Mesalina, que va ofreciendo su lubricidad de esposo en esopo, no por eso dejaria de ser tal vez una excelente madre.

Sea expelido de los tribunales, de la asamblea general y del sacerdocio, decia la ley de Atenas, sea rigurosamente castigado el que hallándose notado de infamia por la depravacion de sus costumbres, se atreva á ejercer las sagradas funciones de legislador ó de juez (8); el magistrado que se presente a los ojos del pueblo en estado de embriaguez sea en el acto privado de la vida (9).

(d) Esta burla del directorio era buena en aquella época; mas sin embargo, el principio de la division de poderes establecido por aquella constitucion, es lo que salvó á Francia.

(5) *PLUT. in Solon., p. 87.*

(e) Cierto es que no todos los acreedores eran usureros; mas no por eso me parece menos importante la observacion. Hasta el presente puede sostenerse la comparacion entre las revoluciones antiguas y la francesa, y no produce mas que similes políticos, mas ó menos ciertos, mas ó menos ingeniosos, como los que el mismo Montesquieu hizo en el *Espíritu de las leyes*; mas en lo sucesivo, esa continua comparacion entre los hombres y las cosas, llegará á ser el colmo del ridículo. (N. ED.)

(6) *PLUT. in Solon., pp. 90, 91.*

(7) *PET., in Leg. Attic.*

(8) *ESCH., in Tim.*

(9) *LAERT., in Solon.* Sin duda que el partido de Drouet, al insurreccionarse contra el Directorio, tuvo presente otra ley de Solon, que permitia dar muerte al magistrado que conservase su puesto despues de la destruccion de la democracia.

Lejos estaban esas leyes de haber sido hechas para Francia; Qué hubiera sido de la Asamblea Constituyente si semejantes leyes hubiesen estado en vigor durante la noche del 4 de agosto de 1789? (a).

Esto nos mueve á hacer una triste reflexion. Siendo en general los franceses de aquella época tan fanáticos admiradores de la antigüedad, no habian al parecer tratado de imitar mas que los vicios y casi nunca las virtudes. Connaturalizando entre ellos las devastaciones y asesinatos de Roma y de Atenas, sin elevarse á la altura en que fueron alguna vez cometidos en aquellas regiones, pueden ser comparados á los tiranos que para embellecer su país despojaron la Grecia de ruinas y sepuleros.

Vamos á entrar ya en un terreno sagrado en que á cada paso se nos presentaran variados objetos de admiracion. Tal vez me sería posible revelar desde ahora muchas cosas, mas aun no es tiempo. Lectores, vuelvo á repetirlo, dominad cuanto podais vuestras preocupaciones. El momento en que principia á descorsarse un pliegue del velo es el momento de mas sensibilidad, particularmente si lo que se nos presenta á la vista no está en el orden de nuestras ideas.

Muchas veces me han criticado de ver los objetos de un modo distinto de los demás (b); tal vez será así. Mas si me juzgan sin darme tiempo de desarrollarme á mi manera, ¡si empiezan á disgustarse de ciertas cosas antes de verlas colocadas en el sitio que deben tener para formar el conjunto armónico de las partes, entonces mas me valdría interrumpir mi tarea, pues no tengo ni el talento, ni el deseo de pensarlo y decirlo todo de una vez.

Vuelto al asunto.

CAPITULO VII.

ORIGEN DEL NOMBRE DE LAS FACCIÓNES LA MONTAÑA Y LA LLANURA.

Quiso coronar Solon sus trabajos con un sacrificio. Viendo que su presencia causaba trastornos en Atenas, resolvió condenarse á un destierro voluntario. Arrojándose, pues, para un término de diez años de la dulce morada de la patria, y antes hizo prometer á sus conciudadanos que vivirian en paz hasta su regreso. No tardó en conocer que no es dable aplazar las pasiones.

Hacia ya tiempo que el Estado alimentaba en su seno tres facciones que incessantemente lo estaba desgarrando. Reuniéndose algunas veces por interés, quedando tranquilas por efecto de cansancio parecian por un momento extinguidas, mas de allí á poco tornaban á desarrollarse con nueva furia.

La primera, llamada de la Montaña, se componia, así como el famoso partido que hubo del mismo nombre en Francia, de los ciudadanos más pobres de la república, que solo querian una democracia pura (1), estableciendo un senado (2) y admitiendo exclusivamente á los ciudadanos ricos en la clase de la magistratura (3). Solon habia opuesto un poderoso dique á la fogosidad del pueblo, y la Montaña, al verse engañada en sus esperanzas, no aguardaba mas que una ocasión favorable para insurreccionarse contra estas

(a) Duro es este juicio, mas evidentemente no se refiere mas que al estado de embriaguez en que se supone se hallaban los miembros de la asamblea Constituyente la noche del 4 de agosto de 1789. En la actualidad, yo examinaría mas detenidamente cualquier hecho histórico antes de establecerlo por base de una reflexion. (N. ED.)

(b) Ya he escrito otra nota para desvirtuar este tono de pedantería que mi inexperiencia me hacia tomar. ¿Quién me habia de criticar, si nadie me conocia aun?

- (1) PLUT., in Solon.
(2) HEROD., lib. I, cap. LIX.
(3) HERODOT., lib. I, p. 88.

últimas instituciones. Estos pueden llamarse los Jacobinos de Atenas.

El segundo partido, conocido con el nombre de la Llanura, se componia de ricos propietarios que creyendo que el legislador habia extendido demasiado el poder de la clase proletaria, pedian una constitucion oligárquica que fuera mas favorable á sus intereses (4). Estos propietarios eran los aristócratas.

Finalmente otro tercer partido conocido por el nombre de faccion de la Costa, daba cabida á todos los mercaderes del Atica; que igualmente temerosos de la libertad concedida á los pobres, que de la tiranía que aspiraban los ricos, pedian un gobierno mixto, á propósito para enfrenar á unos y otros (5). Puede, pues, decirse que desempeñaban el papel de los moderados.

Atenas se encontraba, como acabamos de ver, en la misma situacion que la Francia republicana: nadie estaba contento con la nueva constitucion: todos pedian otra y cada cual la pedia con arreglo á sus intereses particulares. De aquí se ve nacer el origen de las denominaciones que los franceses aplicaron á sus partidos (c), removiéndolo como si no les bastaran sus animosidades nacionales, las cenizas de facciones extranjeras entre las ruinas de los Estados que han sido devorados por ellas.

CAPITULO VIII.

RETRATOS DE LOS CEFES.

De unas mismas causas nacen unos mismos efectos. En Atenas debieron surgir en aquellas circunstancias tiranos semejantes á los que hemos visto últimamente en París. Pero cuánto mas excede el siglo de Solon al nuestro en moralidad, tanto mas superiores en talento fueron los facciosos del Atica á los de Francia.

Al frente de los montañeses se distinguia Pisistrato (6), bizarro (7), elocuente (8), generoso (9), de aspecto simpático (10) y de imaginacion culta (11). Nada tenia de semejante á Robespierre mas que una disimulacion profunda (12), ni del infame Orleans (d) mas que las riquezas (13) y lo ilustre de la cuna (14). También siguió la senda que este último conspirador trató de seguir en nuestros dias: hizo resonar la palabra igualdad (15) en el oido del pueblo, y en tanto que sus labios no sabian al parecer pronunciar otra palabra que libertad, ocultaba la tiranía en el fondo de su alma.

Licurgo mereció la confianza de la Llanura (16)

- (4) PLUT., in Solon, p. 88.
(5) Id. id.
(c) Hé aquí el principio de las comparaciones violentas: ¿cómo he podido yo imaginar que los tres partidos atenienses: la Montaña, la Llanura y la Costa, cuyos nombres no significaban mas que las opiniones políticas de tres clases de ciudadanos, estaban representados en las tres secciones de la Convencion francesa? Cuando uno se ha dejado dominar de una idea, y se quiere que todo quede subordinado á ella, se establecen sin ningun fundamento las imaginaciones mas vacias de sentido como hechos indudables. (N. ED.)
(6) PLUT., in Solon.
(7) HEROD., lib. I, cap. LIX.
(8) PLUT., in Solon.
(9) Id. Ibid.
(10) ATHEN., lib. XII, cap. VIII.
(11) CICER., de Orat., lib. III, cap. XXXV.
(12) PLUT., in Solon.
(d) Como comentario á esta expresion violenta, puede el lector ver un pasaje en el capítulo XII de la segunda parte de este Ensayo que principia: «Ya un Borbon que debia ser el mas rico etc.» (N. ED.)
(13) HEROD., lib. I, cap. LIX.
(14) Id., lib. V, cap. LXV.
(15) PLUT., in Solon.
(16) Id., Ibid.

Nada casi sabemos acerca de este personaje, que probablemente sería uno de esos oscuros intrigantes que el torbellino revolucionario exalta alguna vez á la cumbre del poder, sin que ellos mismos puedan darse razon de cómo han subido. Los aristócratas de Atenas no anduvieron mas acertados en la eleccion de sus caudillos que los aristócratas franceses.

Parece que hay hombres que en el intervalo de algunos siglos renacen en distintos pueblos y con diversos nombres para desempeñar un mismo papel en iguales circunstancias: Megacles y Tallien parecen comprobar este aserto. Ambos debian á un casamiento ventajoso la consideracion que se dispensa á la riqueza (1), y por la semejanza de su destino. Vacilando el ateniense, así como el revolucionario francés á merced de un carácter caprichoso fue por de pronto subyugado por el talento de Pisistrato (3), en seguida consiguió derribar á este tirano (4) y no tardó en arrepentirse de haberlo hecho: volvió á confederarse con los montañeses (5) y á indisponerse nuevamente con ellos: fue expulsado de Atenas, volvió á presentarse en escena, y por último, quedó enteramente eclipsado en la historia, último paradero de los hombres sin carácter: luchan por un momento contra el olvido que les amenaza, y por último término se abisman repentinamente y desaparecen en su propia nulidad.

Tal era la situacion de Atenas cuando Solon al cabo de diez años de ausencia volvió á su desgraciada patria (a).

CAPITULO IX.

PISISTRATO.

Después de haber andado errante por el mundo el hombre, cediendo á un instinto particular de su naturaleza, desea ir á morir en las mismas regiones en que vió la luz y sentarse por un momento al borde de su tumba bajo los mismos árboles que dieron sombra á su cuna. La vista de estos objetos, que tambien han cambiado, le recuerda á un mismo tiempo los afortunados dias de su inocencia, las calamidades que les siguieron, los azares y rapidez de la vida, y se reanima en su corazón ese conjunto de ternura y melancolía que suele designarse con el nombre de amor de la patria.

¿Qué profunda debe ser la tristeza del que al volver á su patria la encuentra decayda de su esplendor antiguo y casi desierta y entregada á las convulsiones de los partidos! Los que viven en medio de las facciones y se van digámoslo así envejeciendo con ellas, apenas echan de ver la diferencia que se va estableciendo entre lo pasado y lo presente; mas el viajero que regresa al hogar paterno, y ve los campos arrasados durante su ausencia; queda hondamente afectado al ver tan funestas innovaciones, y experimenta

- (1) HEROD., lib. VI, cap. CXXV, CXXXI.—Véanse todos los papeles publicados acerca de los asuntos de Francia. Megacles era rico; pero su fortuna se aumentó considerablemente por su matrimonio con la hija de Clisenes, tirano de Sicilia.
(2) PLUT., in Solon.: Pap. Pub., etc.
(3) Id. Ibid., p. 86.
(4) HERODOT., lib. I, cap. LXV.
(5) Id. Ibid.
(a) Pisistrato y Robespierre, Megacles y Tallien! Pido perdón al lector por semejantes incoherencias, asegurando que me ha sido muy doloroso el volver á leer estas páginas. Acaso habrá alguna afinidad en esos retratos, mas el parecido no es exacto.

igual sensacion que al encontrar al cabo de algunos años un amigo en cuyo rostro se han impreso profundamente y rápidamente las huellas del dolor. Tales debieron ser poco mas ó menos las sensaciones de aquel ilustre ateniense, cuando pasados los primeros momentos de alegría al verse entre sus amigos fijó su vista en la desolada patria.

No vió en su alrededor mas que un caos de anarquía y de miserias: trastornos, division y opiniones encontradas. Los ciudadanos se habian convertido en otros tantos conspiradores: apenas podian encontrarse dos hombres que pensasen de un mismo modo, ni dos brazos que hubiesen obrado de concierto: cada cual llevaba en su seno el gérmen de una nueva faccion, y aunque todos estaban acordes en aborrecer el último sistema de gobierno, todos discrepaban por lo tocante á las bases de una nueva organizacion (6).

En tales apuros Solon trataba de buscar un hombre honrado que sacrificando sus intereses pudiera volver á restablecer la calma. Creyó que este hombre podría tal vez encontrarse al frente del partido popular; de jóse por un momento seducir por las ventajosas apariencias de Pisistrato, mas no tardó en conocer que se habia engañado. Comprendió que de dos motivos que concurrían á la realizacion de un hecho, es preciso esforzarse en creer que el uno es bueno, pero obrar como si no se creyera. Solon como muy profundo conocedor del corazón humano, corrió muy pronto lo que debia prometerse de un hombre rico y de ilustre cuna, adherido á la causa del pueblo; lo conoció pronto; pero ya era tarde.

Estando á punto de denunciar la conspiracion, cuando Solon nada esperaba ya para hacerlo mas que adquirir algunos nuevos datos, se presentó inopinadamente Pisistrato á los ojos del pueblo en la plaza pública cubierto de heridas que él mismo se habia hecho (7). El pueblo se reunió tumultuosamente. En vano Solon se esfuerza para que oigan su voz (8): el pueblo se enfurece: llena de insultos al sabio anciano, y decreta por aclamacion una formidable guardia que protege á la ilustre victima de la democracia, que los nobles habian querido asesinar. (9). O homines ad revilitatem paratos! Hemos visto en nuestros dias un tirano que usó del mismo artificio en la Convencion.

Nadie que tenga la menor nocion de política necesita que se le diga lo que resultó de semejante decreto. No puede existir democracia donde haya una fuerza militar en activo servicio. ¿Qué juicio formaremos de las cohortes del Directorio? Pisistrato se apoderó de allí á poco de la ciudadela (10) y habiendo desarmado á los ciudadanos, como la Convencion á las secciones de París, reinó en Atenas con todas las virtudes excepto las de republicano.

CAPITULO X.

REINADO Y MUERTE DE PISISTRATO.

La victoria acompañará al partido popular siempre que este sea dirigido por un hombre de talento, porque aventaja á todas las otras en la brutal energía de la muchedumbre que no comprende los encantos de la virtud, ni siente los remordimientos del crimen.

No hay que perder de vista que los prósperos resultados no aseguran la felicidad, como lo demuestra la historia de Pisistrato. Viéndose arrojado del Atica por Megacles se reunió con Licurgo y fue de allí á poco vuelto á llamar por ese mismo Megacles que

- (6) PLUT., in Solon.
(7) HEROD., lib. I, cap. LXV.
(8) PLUT., in Solon.
(9) JUSTIN., lib. II, cap. VIII.
(10) PLUT., in Solon.

cambiando por tercera vez de partido le puso en la precisión de volverse á expatriar. Dos veces las tempestades que suelen formarse alrededor de los tiranos cerraron á Pisistrato de su trono, y dos veces el pueblo lo volvió á colocar con su propia mano (1). El fin de su carrera fue mejor que lo que podía esperarse, pues terminó tranquilamente sus días en Atenas

dejando á sus dos hijos la usurpada corona (2). Por lo demás esas diversas facciones habian á su vez, segun las eventualidades de la fortuna, llenado los países extranjeros de emigrados atenienses. Al morir Pisistrato se hallaban los moderados y los aristócratas disseminados por varias ciudades de la Grecia (3) y no tardaremos en verles desempeñar en ellas el mismo



DRACON.

papel y con igual resultado que los constitucionales y aristócratas de Francia representaron tan desgraciadamente en Europa.

CAPITULO XI.

HIPARCO E HIPIAS.—ASESINATO DEL PRIMERO.—COMPARTACIONES.

Hipias é Hiparco subieron al trono en medio de los

(1) HEROD., lib. I, cap. LXIV; ARIST., lib. V, de Rep., capítulo XIII.

aplausos de la multitud. Gobernando con discrecion (4) y siendo frugales en su modo de vivir (5), puede decirse que tuvieron aquellas virtudes oscuras que la envidia perdona, y aquellos amables defectos que el odio no halla medio de cebarse. Tal vez habrian logrado transmitir el cetro á su posteridad, tal vez el cambio de un solo eslabon en la cadena de los pueblos habria alterado la faz del mundo antiguo y moderno,

(2) *Id. Ibid.*

(3) HERODOT., lib. V, cap. LXII.

(4) THUCYD., lib. VI, cap. LIV.

(5) ATHEN., lib. XII, cap. VII.

si á fatalidad que arregla los imperios, no hubiese dispuesto de otro modo la serie de los sucesos (a).

Habiendo Hiparco sido insultado por un valeroso joven ateniense llamado Harmodio, tomó venganza haciendo sufrir públicamente una afrenta á su hermana (1). Harmodio juró con su amigo Aristogiton quitar la vida á los tiranos de su patria (2). No confiaron

su proyecto sino á unas pocas personas leales, contando para el momento de la ejecucion con los principios políticos de unos, las pasiones de otros, y con el secreto placer que los mas experimentan al ver sufrir las amarguras de la suerte á las personas que en otro tiempo les habrian parecido dichosas. Por amor de la humanidad conviene olvidarse de que el vicio y



PISISTRATO SE PRESENTA AL PUEBLO CUBIERTO DE HERIDAS.

la virtud no pocas veces conducen á unos mismos resultados (b).

Estando fijado el momento de la ejecucion para el día en que se celebraban las fiestas llamadas Panateneas, los asesinos fueron al sitio convenido, mataron á Hiparco y no pudieron saciar su venganza en Hipias, porque consiguió fugarse. Mejor le hubiera sido, sin embargo, el participar de la suerte de su hermano! Puesto Aristogiton en cuestion de tormento, acusó pérfidamente á los amigos mas queridos de Hipias (3), que en el acto fueron entregados á los verdugos. La amistad ofreció ese sacrificio tan ingenioso como terrible á los manes de Harmodio, á quien los satélites del tirano habian despojado de la vida.

Desde entonces Hipias, desengañado de que los favores nada conseguian en el corazon humano, no

quiso deber la seguridad de su persona mas que á los actos de su barbarie (4). Atenas se llenó de proscripciones: pusieron en juego los tormentos mas horribles, y las mujeres de aquella época se distinguieron como en la nuestra por la constancia mas heroica (5). Viéndose á cada paso amenazados de muerte los ciudadanos, se dieron prisa en abandonar de tropel aquella patria; pero siendo mas dichosos que los emigrados franceses, pudieron llevar consigo sus riquezas y por consiguiente (6) su virtud (c). Asi es como hemos visto multiplicarse los asesinatos en nuestra patria, y huir de ella bandadas de ciudadanos que iban á incorporarse con sus desgraciados compatriotas en otras regiones extranjeras, cuando despues del supuesto asesinato de uno de los satélites de Robespierre, se creyó el monstruo obligado á renovar su furor.

CAPITULO XII.

GUERRA DE LOS EMIGRADOS.—FIN DE LA REVOLUCION REPUBLICANA EN GRECIA.

Los desterrados acudieron á las potencias vecinas solicitando que les restablecieran en el uso de sus

(4) THUCYDID., lib. VI, cap. LIX.

(5) *Id. Ibid.*

(6) HEROD., lib. V.

(c) Amarga ironía. (N. ED.)

(a) Otra vez la fatalidad; no tardaremos en consolarnos con un acento de la religion. (N. ED.)

(1) THUCYD., lib. VI, cap. LVI.

(2) *Id., Ibid.*—PLUT., in Hipparc., p. 229.

(b) Esto es horrible, y solo puede considerarse como la imprecacion de un joven que se cree próximo á la muerte, y que no ha sufrido mas que desgracias que cree no haber merecido. Rasgos como este son mucho menos disculpables que las tontas impiedades de este libro, que por otra parte deben ser imputadas al espíritu de la época en que se escribió el Ensayo. (N. ED.)

(3) SENEC., de Ira, lib. II, cap. XXIII.